

El Primer Día



relatos de estudiantes en pandemia

El Primer Día

Concurso de relatos para jóvenes



Organiza:
Los Libros del Gato Caulle

Diseño:
Ronald Javet P.
ronatan.com

Edición:
Diego Corvera y Boris Farías

Ilustraciones:
Gustavo Pacheco L.
@gustaapacheco

Cuentistas:
Juan Oyarzún, Clara Anglein Fröhlich,
Karla Synara Bustos, Catalina Castillo,
Milene Paredes Guzmán, Martín Belmar,
Javiera Alarcón, Rayen Calficura
Sanhueza, Francisca Rosas, Andrea
Toledo Llanquimán.

1ª edición de 500 copias
Valdivia, Noviembre 2020.



Los libros del Gato Caulle

Comunidad literaria en Valdivia
y el sur de Chile.

Baquedaño #628, Valdivia.

www.gatocaulle.cl
libros@gatocaulle.cl
[@gatocaulle](https://www.instagram.com/gatocaulle)

Proyecto apoyado por:



FOMENTO
LOS RÍOS

CORFO SERCOTEC

Palabras Fomento Los Ríos

Los desafíos de Fomento Los Ríos - Corfo se han concentrado en fomentar la innovación y por ende la creatividad, esto en etapas tempranas es fundamental. Fomentarlos a través de la escritura como herramienta de desarrollo personal y de vinculación con el medio, abre en los jóvenes, sin duda, un abanico de posibilidades y de formas de ver y plantearse el entorno. Proyectos como este, nutren a jóvenes de liceos municipales de procesos creativos nuevos, y pone en valor la creación artística y literaria como generadoras de innovación.

Es importante rescatar que nuevas metodologías de enseñanza, más dinámicas y creativas podrán generar también nuevas y más variadas formas de ver el mundo, lo que en un futuro se podría traducir en distintas maneras de solucionar un problema, generando a su vez procesos innovativos; diversificando el modo de emprender valorando las particularidades. Este proyecto es una apuesta a ello; a simple vista, una apuesta a los emprendimientos artísticos o literarios, pero que sin duda va más allá, ya que refuerza el espíritu colaborativo, la creatividad y la co - creación como importantes atributos y ejes centrales para innovar y emprender.

Carlos Riquelme Caro, Director Fomento Los Ríos.

Palabras del gato Caulle

Tendemos los adultos a juzgar al adolescente que, pantalla en mano, pasa largas horas absorbiendo imágenes, riéndose de memes y expresándose en extraños lenguajes. Suponemos, con altanería, que es una víctima de la tecnología, prisionero del artificio o producto de esta infortunada era. Y no solo elucubramos, sino también, con desacierto, lo concluimos: a la juventud no le gusta leer.

Por suerte, nos equivocamos. Las nuevas generaciones leen y se apasionan con biografías o entrevistas a personajes de su interés. Leen y debaten con los diálogos subtítulos en las películas o con discusiones virtuales entre sus pares. Leen y se emocionan con las letras de las canciones o con los textos que acompañan las gráficas. Leen, en suma, mucho más que antes. Tanto que incluso, en ocasiones, se animan a leer aburridos libros de poesía o narrativa, aunque sin la sofisticación (o el desprecio) que un adulto quisiera.

“Mi primer día” es una selección de diez relatos escritos por jóvenes que imaginan cómo será la casa, el pueblo o el liceo después de la pandemia. Es también un juego, un pie forzado para detenerse, pensar y escribir nuestro territorio. Es, por último, una invitación a leer cómo será este siglo por quienes, en este siglo, nacieron.

Diego y Boris.

Los libros del Gato Caulle.

Diversión

Juan Oyarzún

16 años, Lanco.



Joven

Luego de mucho tiempo, hoy finalmente se retorna a clases. Camino lentamente hacia el liceo mientras el viento golpea mi rostro, el sol en una esquina comienza a elevarse y la gente nuevamente camina preocupada de sus vidas, sin reparar en lo que suceda a dos metros de ellos. Estoy a cerca de la entrada y comienzo a ver caras conocidas, todo parece emocionante, estoy seguro de que será un gran día. Cruzo la entrada y todo luce muy divertido, muchas caras sonrientes y otras muy emocionadas, algo nunca antes visto. Finalmente llego a la sala que me indica el auxiliar, en el segundo piso. Me siento y luego de un esfuerzo comienzo a centrarme en lo que dice quien está enfrente, pero por alguna razón, que desconozco, no entiendo nada de lo que dice. Todos hablan y nadie escucha. Me siento abrumado por tanto ruido y tantas voces a mi alrededor. Nuevamente tengo que sacar cuaderno y lápiz y hacer lo mismo, 8 horas al día 5 días a la semana. La idea de volver a la antigua rutina me sofoca lentamente. De pronto toda la felicidad y diversión comienza a derrumbarse, no se siente como esperaba. Me invade una fuerte sensación de estar encerrado y no poder escapar, y en un desesperado impulso salgo de mi silla y me arrastro hacia la ventana, donde luego de contemplar el cielo azul y todo lo que hay fuera de estas cuatro paredes, sin saber por qué, salto.

Auxiliar

Hace mucho tiempo que no trabajo, espero poder seguir el ritmo que tenía antes de la pandemia. El sol está subiendo, al parecer habrá buen clima hoy, son las 7:30 de la mañana, justo a tiempo para abrir las puertas del liceo.

El tiempo pasa muy rápido, ya comienzan a llegar estudiantes, un joven se me acerca y me pregunta dónde queda la sala 10, le indico el camino que debe seguir hacia la escalera y posteriormente hacia la sala.

El timbre para entrar a clases ya sonó, por horario ahora debo limpiar las hojas que caen de los árboles en el patio frontal, ¿qué sucede? En una sala se escucha mucho ruido, pero no le doy mucha atención. Todos deben estar emocionados, supongo. De pronto escucho una ventana quebrándose, me volteo a mirar y veo al mismo joven que me preguntó por su sala, cayendo desde el segundo piso, justo sobre mí. Su cuerpo me golpea de lleno en la cabeza. Caigo al suelo junto a él, todo se vuelve negro.

Qué mala suerte.



El pan de mediodía

Clara Anglein Fröhlich

15 años, Valdivia.

El primer día de clases del 2021 fue un día que no olvidaré, aunque ni de fechas ni de clases sé. Porque hace un tiempo todo era perfecto

Y un día todos se fueron

El hombre que vendía la comida colorida y olía dulce, las personas que vigilaban la entrada y me echaban, la gente repleta de papeles y libros que entraba y salía, pero más importante, ellos.

Sonrisas con niños y niñas que iban o venían, en grupos o solos, no importaba, por que casi siempre me acariciaban.

Cada tanto sonaba un fuerte ruido y muchos de ellos salían con risas en sus bocas y pan entre sus manos, pan que a veces compartían conmigo.

Y un día todos se fueron.

Ya no veía tantos pies, apurados o cansados, pisando cerca de mí. Eran pocos y no de aquellos.

Me puse hambriento, me puse triste.

El tiempo pasaba y mis patas dejaban marcas de agua lluvia entre gente separada.

Y un día algunos volvieron.

¡Alegría, alegría!, ansiaba ese día

Pero los niños no se acercaban. No iban o venían en grupos, sino que solos andaban.

Apenas se reían, a algo le temían y aunque se rieran, no podía ver sus sonrisas, estaban escondidas junto con sus narices

¿Cómo olerían el pan de mediodía?

Algunos se acercaban, pero pan ya no daban. Sus dedos no olían a humano, olían raro y después de darme unas palmaditas en la cabeza, frotaban lo de olor extraño entre sus manos.

Pero todavía me querían.

Aunque no fueran con sus amigos y conmigo a la tienda de la esquina.

Porque en sus ojos aún veía cariño.

Y porque seguían siendo los mismos niños.

La cruda realidad

Karla Synara Bustos

18 años, Máfil.

Un millón de sensaciones inundaron mi interior. Sí, estaba nerviosa.

Vi la hora: 03.02 a.m. A este paso, no despertaría. Cerré los ojos y mientras imaginaba un millón de historias que podrían ocurrir, me quedé dormida.

“Agh” dije al oír la alarma del móvil, y mientras pasaba mi mano por debajo de la almohada, no pude evitar bostezar, tenía mucho sueño. Al encontrarlo me senté en la cama mirando, por varios segundos, a la nada hasta que recapacité: ¡Es mi primer día de clases!

Al ya estar lista, salí de casa no sin antes despedirme de mi madre. Caminé a la escuela y el frío viento golpeaba mi rostro. Miré a mí alrededor, se veían niños y adolescentes portando sus distintos uniformes, mascarillas y guantes.

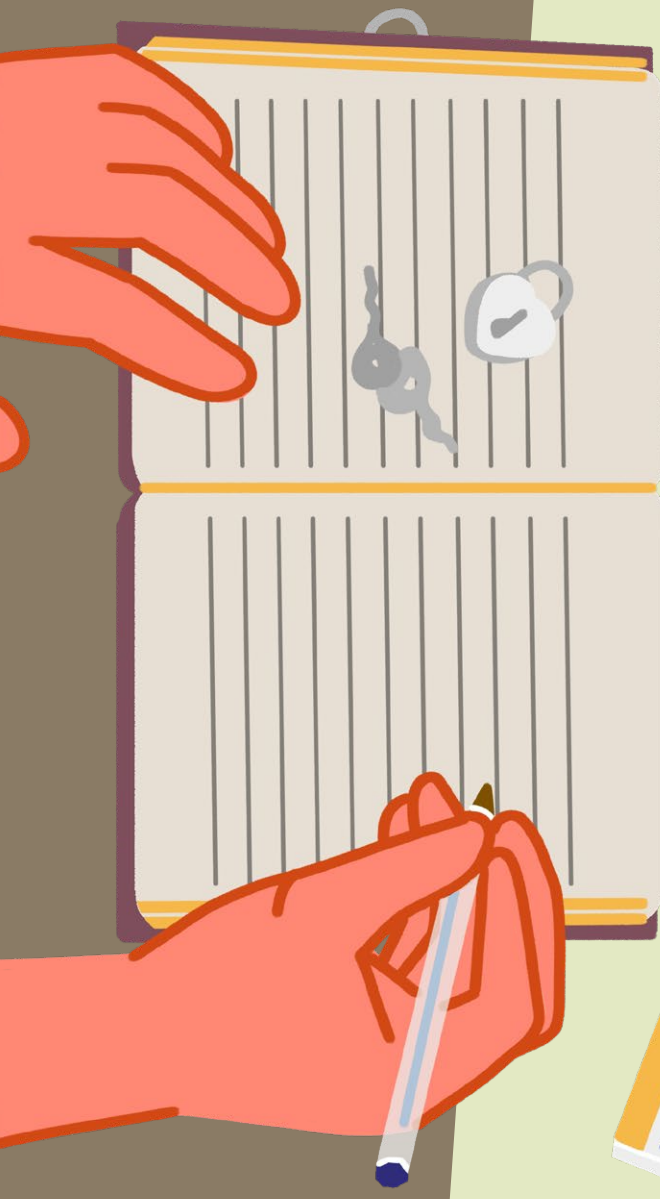
A lo lejos veía asomarse mi escuela, estaba tal y como la recordaba. En realidad, no sé si me decepcionaba por ello, aunque no quise pensar en eso. Para entrar había que hacer fila en donde tomaban nuestra temperatura. Siempre me asustaba este procedimiento, sabía que no tenía nada pero aún me alarmaba saber el resultado.

A tan solo una persona antes de mi turno, un grito me hizo dar un brinco: se trataba de mi mejor amigo, quien se adelantó a todos en la fila para abrazarme, pero su intento fue destruido por el inspector, diciendo “¡DIS – TAN – CIA!”

Y fue ahí donde pude ver el “thriller” del año escolar comenzando a desarrollarse en mi cabeza: “sepárense”, “no deben abrazarse”, “no se tomen fotos tan cerca”, “tienes que usar alcohol gel”, entre otras cosas, y me molestó realmente, ya que el contacto físico es realmente importante y significativo. Será muy complicado adaptarse a estas reglas, pensé.

A decir verdad, la escuela estaba diferente: se sentía como un nuevo mundo y yo me sentía extraña e intrusa, como si estuviera en tierras ajenas y desconocidas. Los pasillos eran separados por cintas. Los suelos marcados por círculos. Los salones estaban acomodados por filas. Y a modo de prueba, existían horarios para cada curso en la mañana y la tarde. Éramos como pequeños muñequitos de porcelana caminando por la escuela, profesores, estudiantes y demás sin ninguna distinción ante este diminuto enemigo.





El virus se eliminó por completo

Catalina Javiera Castillo

15 años, Valdivia.

Querido diario, primero que todo no sé porque todavía escribo en esto. Segundo, se acabó la cuarentena, el gobierno dijo que ya no hay riesgo y que el virus se eliminó por completo.

Mayo 15:

Todo ha estado normal, lo único raro es que SOLO SOMOS LA MITAD DEL COLEGIO. Se me hace raro: yo bien echadita en mi cama durante la cuarentena mientras la mitad del mundo se moría... casual.

Mayo 23:

Hoy pasó algo interesante: el gobierno hizo una vacuna -o algo así- por si el virus volvía a aparecer, es gratuita y obligatoria. Creo que mañana mi mamá me llevará a inyectarme (con lo paranoica que está, no creo que falte).

Mayo 24:

Me pusieron la inyección. Se me hizo raro que todos los médicos llevaran trajes de protección. Mi mamá dice que es por precaución, pero lo que se me hizo más raro es que el doctor, cuando me estaba yendo, lo oí murmurar "lo siento".

Junio 13:

Querido diario: ME DUELE LA CABEZA y ya me tomé la caja de paracetamol. Me duele.

Junio 18:

No puedo dormir, tengo muchas pesadillas y frío. El dolor de cabeza sigue.

Julio 20:

Tengo mucho sueño. No paro de toser.

Julio 31:

Ya lo entendí. Nunca se fue, solo somos conejillos de indias. La inyección era una prueba. Ahora entiendo los trajes de los doctores y sus "lo siento". Ya no puedo, tengo sueño, solo quiero que esto pare, me duele.



Memorias estudiantiles

Milene Arideth Paredes Guzmán

16 años, Panguipulli.

El primer día de clases del 2021 será un día frívolo de otoño. Recordarás el sol al amanecer con todo el ímpetu en su cálida forma, mientras lo que quedará del paisaje será algo húmedo y solitario. Te dispondrás a tomar el bus para hacer todo el trayecto. La radio del chofer tocará una canción repetitiva, propia de la música popular que escucharías en una estación pop al despertar. Recordarás haberla oído hace varios años en esta misma situación, pero ahora te sería diferente, habría algo de especial en poder escucharla nuevamente. Tal vez era el hecho de que esta sería la primera vez en que todo estaría volviendo a la normalidad. Regresarían los pasillos llenos de estudiantes cada mañana, las tías del comedor repartiendo colaciones, preguntar ansiosamente cuántos minutos faltan para acabar ciertas clases o mucho mejor, poder reencontrarte con los compañeros-amigos que, a pesar de no compartir demasiado en las salas, igualmente añorabas su presencia.

Un virus te había separado de todos tus seres queridos de una forma física, pero no emocional. Tendrías nuevos amigos, ganarías la confianza de muchos profesores y terminarías tu educación para transformarte en un adulto de bien en un futuro no tan lejano a lo que parece. Colgarías todos tus cuadros, diplomas y muchas otras de tus victorias en una pared vacía, la cual aumentaría cada vez más pudiendo así colgar tu título, que con mucho orgullo merecerías, pero por el momento, solo quedaba adaptarse a la nueva normalidad que se presentaba ante tus ojos. Un nuevo año, el cual vendría con grandes esperanzas para ti y tus conocidos.

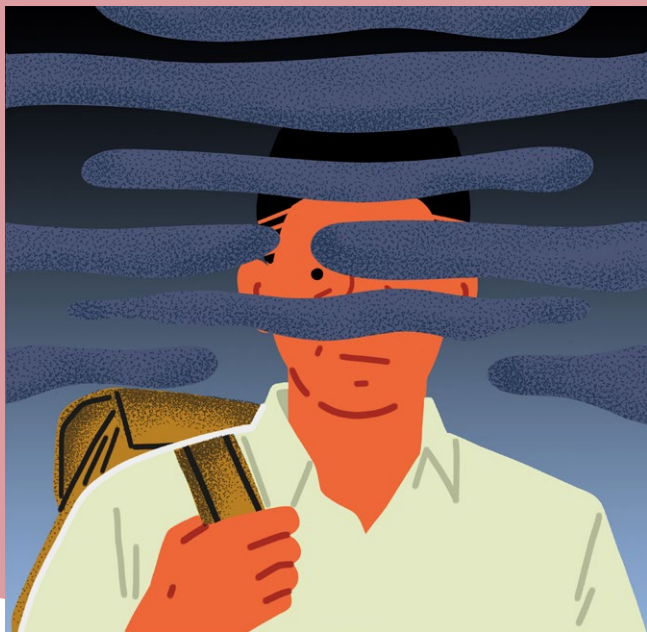
O ese sería tu pensamiento, un 12 de Noviembre de 2020.

Por el momento, te encuentras aislado en tu casa, junto a tu familia. Tu hermano te está hartando los nervios por lo que procuras ir a tu cuarto a relajarte en solitario, como si tanta soledad aún no fuera suficiente. Llamas a uno de tus mejores amigos porque realmente anhelas esa compañía que ahora mismo tanto te falta. Entre risas y cierta melancolía de pronto la conversación se torna mucho más seria de lo que normalmente es.

“¿Alguna vez terminará?”, preguntas, ansioso, anhelando una respuesta esperanzadora.

Oyes un breve silencio acompañado de un suspiro, hasta que el otro al lado del teléfono habla: “Algún día, pero hoy no. Probablemente tampoco mañana, ni en unos meses, ni en un año, pero ciertamente algún día”.

Te sientas a divagar sobre tal reacción de su parte, justo en la esquina de tu cama. Mirando, pensando y esperando...



La mala suerte de Martín

Martín Belmar 16 años, Lanco.

En mi primer día de clases, lo que pasó no fue lo que realmente esperaba, y resumiendo todo en dos palabras, estas serían (1) mala y (2) suerte. En nada me fue bien.

Camino al liceo casi me atropelló un auto, me enredé con mis cordones y me caí en el barro. Cuando logré llegar pensé que me iría mejor, pero no fue así. Uno de mis compañeros me pegó un portazo, luego en el recreo se me rompió el pantalón jugando vóley y me caí subiendo las escaleras. Al fin el día de clases terminó.

De vuelta a mi casa pisé una caca, llegué y mi mamá me retó por llegar sucio, hediondo y herido, pero aunque todo esto me haya pasado, sé que me irá de lo mejor este año, ya que este fue solo el primer día.

Una ilusión

Javiera Belén Alarcón 17 años, Valdivia.

El primer día de clases del 2021...mmm, sin duda será memorable. Todos hablarán sobre cómo sobrevivieron tanto tiempo en cuarentena, riendo y bromeando sobre nuestras desgracias. Eso sería bueno, lamentablemente no ocurrirá. Si bien creíamos que para ese entonces ya volveríamos a la normalidad, pues nos equivocamos gravemente. Comenzaré por el principio.

A finales del 2020 ya nos sentíamos con la seguridad de que sin duda el año siguiente volveríamos a nuestra tan anhelada "normalidad", ya que todo marchaba relativamente a nuestro favor. Varios países tenían una vacuna y otros cuantos se encontraban trabajando en otras (en caso de que fallaran las anteriores). Lo que nadie esperaba es que el virus sufriera otra mutación y esta vez una muy significativa. El virus ahora es capaz de entrar en el cuerpo humano y controlarlo por completo, desde una mano hasta el cerebro. Y si la situación ya es mala, a esto se le agrega la imposibilidad de distinguir entre un sujeto sano y un sujeto infectado por este virus, que en este punto es más apropiado denominarlo parásito.

Me encontraba en mi habitación triste, 2021 iba a ser mi año, mi primer año en la universidad, cosas nuevas, pero realmente se arruinó to... ¿qué es esto? Una voz rara me habla, lo que faltaba, ahora penan en mi casa, -señorita Javiera retírese de aquí por favor, gracias. Ahí fue cuando me di cuenta de que me había equivocado de sala y además me dormí, qué mal primer día de clases.



Como todos los días

Rayen Millaray Calficura Sanhueza

16 años, Lanco.



Rayén

Como todos los días, antes de que pasara todo esto, me levanté a las 7:30 de la mañana, me arreglé y tomé desayuno con mis papás.

Luego nos fuimos con mi papá al liceo y todo era igual que siempre, solo que esta vez teníamos que andar con mascarilla como precaución. Como todos los días (del año antepasado) pasé a comprar mi colación, luego de eso mi papá me dejó en la entrada del liceo, donde me esperaban mis amigas. Entramos y todo fue como siempre: el mismo ruido, mis mismos compañeros.

Terminaron las clases y me fui con mis amigas a mi casa, donde me esperaba mi mamá y mi papá. Tomamos once y nos contamos cómo nos fue en nuestro día.

Papá

Mi hija se levantó temprano como lo hacía antes, tomamos desayuno y nos preparamos para ir al liceo.

En el camino ella pasó a comprar su colación, como siempre antes lo hacía. Luego la pasé a dejarla al liceo donde, en la entrada, la esperaban sus amigas. Me fui a mi trabajo en donde me llenaron de papeles, estaba muy cansado.

Finalmente llegué a mi casa y mi esposa estaba ahí, nos sentamos un rato en el sillón y luego nos levantamos a poner la mesa para tomar once. Al rato llegó mi hija con sus amigas y nos sentamos a comer y a contarnos cómo nos fue durante el día.

Mamá

Como todos los días, antes que pasara todo esto, nos levantamos, tomamos desayuno como familia, y luego ellos se fueron.

Después de un rato también yo me fui a trabajar. Aquel día tuve mucho trabajo, y extrañaba mucho escuchar cómo los niños jugaban. Extrañaba a mi hija: ya me había acostumbrado a estar con ella.

Terminó mi jornada y una colega me paso a dejar. Mi casa se sentía tan sola. Al rato llegó mi esposo y nos sentamos un rato en el sillón y luego nos paramos a colocar la mesa para tomar once. En eso llegó mi hija con unas amigas. Nos sentamos y nos contamos cómo nos fue en nuestro primer día.

El primer día de clases de 2021, sucedió algo que nadie esperaba, la vuelta a clases. Todo el mundo esperaba quedarse durmiendo en sus casas, en cama, o jugando en el computador. Sin embargo, tres niños, lo que más esperaban, era volver a clases. ¿Por qué? Si nadie, nadie en absoluto quiere volver a sentarse en una silla para escribir hasta no sentir la mano. Pero estos niños se habían pasado toda la cuarentena planeando algo: su revolución, su estallido. Awkan, un niño flacucho, desaliñado, moreno y de cabello largo. Él había preparado las banderas. Valeria, una muchacha medio enclenque y despeinada, se había encargado de las pancartas. Y Berta, una chica con la cabeza completamente rapada y muy astuta, tenía la tarea más importante de todas: planear el escape del liceo.

Llegaron los tres, emocionados, nerviosos, asustados, alegres. Era una mezcla de emociones tan grande y sólidas que se podían licuar. Tenían todo listo para escaparse a la marcha, burlarían a la desagradable inspectora general: la señora Gladys, una señora de cabello corto, con los dientes salidos y carcomidos, baja y rechoncha. Luego, pasarían por el armario de las bicicletas, que tenía una salida al portón principal, lo saltarían, ya que no era muy alto, y podrían salir corriendo de allí, tomarían un micro al centro y se unirían a la masa de personas.

Cuando el timbre de recreo rugió, fueron los primeros en salir y no le dieron importancia a la profesora que los regañaba por su impertinencia. Conectaron música a un parlante que guardaron en la mochila e Inti Illimani empezó a sonar, lo que provocó que la inspectora llegara furiosa al pasillo en el que se encontraban. Empezaron a correr hacia el armario mientras eran perseguidos por la inspectora, roja de furia. Sabían cuanto odiaba a “esos rotos comunistas”. Cuando finalmente llegaron al armario, sucedió algo hermoso: la puerta estaba sin candado.

- ¿Y ahora qué?- preguntó Awkan, jadeante y nervioso.
- No tengo ni la más mínima, respondió Valeria.
- ¡Vamos! - dijo entusiasmada Berta, y jaló a los dos del brazo.

El inesperado primer día

Francisca Rosas

14 años, Valdivia.



La Estudiante

Aquel domingo 07 de marzo del 2021 estaba ansiosa, nerviosa y con curiosidad de cómo iba a ser este primer día de clases.

El lunes 08 de marzo del 2021, siendo las 07:20 horas. estaba preparada para ir al liceo. Una vez estando afuera me sentía curiosa por saber si tendré nuevos compañeros o no, si tendré nuevos profesores o seguiré con los mismos, si serán buena onda o serán enojones, cómo resultaría nuestra bienvenida a este nuevo año escolar. Eran tantas dudas que estaba muy nerviosa, me preocupaba de la dificultad de las materias que pasarían este año.

La Inspectora

Llegué al liceo antes de las 8 de la mañana a recibir a mis alumnos e inspeccionar si vienen bien uniformados. Me encontré con el director que se sentía muy mal, quería irse a su casa, pero tenía que dar la bienvenida a los estudiantes. Luego, hice lo que siempre hacía: pasar por todos los cursos para que me conocieran y sepan que soy la inspectora general. A unos niños curiosos les conté mi historia, que había sido funcionaria del ejército de Chile y que mi padre fue un general. Sé que parecía disco rayado, pero me encantó contarle una vez más.

El Alcalde

Desperté y me levanté para ir al liceo a darles la bienvenida a los estudiantes, ya que el director me lo había pedido pues se sentía muy mal. Iba subiendo al auto cuando me di cuenta de que no tenía bencina, así que tuve que llamar a un amigo para que me llevara. Llegué a la municipalidad y había mucha gente protestando. Una de las personas que allí estaba se acercó y me comentó que estaba manifestándose para que arreglen su colegio ya que no estaba en condiciones para los estudiantes. Les dije que mañana vengan a una reunión conmigo y lo conversamos. El director me llamó y me dijo que estaba contento porque yo iría a darles la bienvenida a los estudiantes.



1 día en 3 relatos

Andrea Toledo Llanquimán

15 años, Lanco.



relatos de
estudiantes
en pandemia

El Primer Día

